

Orientaciones

IDEAS SOCIALES

DE FEDERICO

OZANAM

En otro número de SIC Diciembre 1953 afirmaba que valía la pena estudiar la rica personalidad de Federico Ozanam. El que, al cabo de un siglo de su muerte (1853-1953), siga su memoria más influyente que durante su propia vida, es sin duda indicio de su valor. Gran parte de su apreciable labor literaria ha sido superada. Siempre se leerán con agrado sus trabajos sobre el "Dante, y la Filosofía Católica", sobre "los Poetas Franciscanos en Italia", sobre "los Germanos y su Civilización", sobre "El Progreso en los Siglos de decadencia"; pero con el avance histórico posterior han pasado a puesto secundario. En cambio su epistolario y discursos en relación íntima con su misión social, encierran ideas, trayectorias y orientaciones que tienen el signo inverso de la otra producción. Porque si aquella entró en ocaso, ésta, por el contrario marcha hacia su cenit. Hay en el fondo del fenómeno razones que los justifican.

Visión certera. Desde temprana edad y el rincón de una provincia se dió cuenta clara de los problemas de su tiempo. París no hizo más que subrayar fuertemente las ideas del joven. Ya a los 18 años escribía: "El porvenir es de nosotros los jóvenes. Reservémonos y resistamos con firmeza a los enemigos y a las tormentas... Ah querido amigo! qué época más tormentosa pero instruc-

tiva! Pereceremos quizás, pero no nos lamentemos de haber llegado a esta hora".

Algo sin duda vislumbraba en el ambiente para formarse un concepto tan grave de la época. Sabemos que las ideas son la fuerza motriz en la vida humana. No era difícil la captación de algunas de aquellas ideas, por ser muy abultado el relieve con que se presentaban.

Los laureles de Napoleón se marchitaron pronto. Las glorias de Austerlitz se esfumaron en los campos de Waterloo y el dueño de Europa muere desterrado en las soledades de Santa Elena. Pero las dictaduras no pasan con el dictador y Francia recoge la herencia de su incesante guerrear. Los espíritus habían perdido la elasticidad de la libertad y seguían sintiéndose bajo la férula del dictador. A la tensión siguió la relajación y donde más se notó su efecto fue en la moral y en el ambiente eclesiástico.

El historiador McColgan nos dice: "El católico que quería vivir su religión en el París de aquellos días, se sentía un extraño. Los desastrosos efectos de la Revolución, del Directorio y los edictos de Napoleón sobre educación se dejaban sentir en la sociedad. Una desenfrenada incredulidad entre los cultos descendió a los niveles más bajos y se manifestaba en las maneras vulgares y en una moral rastrera, mejor dicho, en una inmoralidad de la nueva generación". Y confirma sus ideas con una cita del P. Blakely: "No hubo libertad de enseñanza bajo el primer Imperio por ser la educación monopolio exclusivo del Estado... El gran Capitán que sobre las ruinas de Moscou dictaba normas para el funcionamiento de la Opera en París, no dudaba en lanzar la máquina del Estado para aniquilar unos cuantos humildes curas de aldea que se atrevían a preparar unos muchachos bretones del campo para el Seminario, enseñándoles Latín. Ante él no había más remedio que inclinarse o estrellarse. Su manía por la centralización, que le transformó en el primer gobernante que en el período de cuatro siglos entregó a sus sucesores una Francia más pequeña que la que había recibido, se empeñó en alistar a la Iglesia y la Escuela, como agencias subsidiarias del Estado Militar. El resultado fueron las inevitables concesiones al laicismo.

Fueren las que fueren las intenciones de Napoleón al restaurar el Cris-

tianismo de Francia, lo cierto es que se abrió un renacimiento al Volterianismo. No menos de 12 ediciones de las obras de Voltaire se imprimieron y vendieron en Francia de 1817 a 1824. Cierzo que la Restauración autorizó las Escuelas Católicas, pero los hijos de aquella generación que en ocho años devoró doce ediciones de Voltaire no iban a ser sumisos oyentes de la doctrina cristiana”.

Cuando escribe Federico a su madre y le habla del corrompido cadáver de París, nada exagera, pues se veía obligado a respirar el hediondo hedor de la corrupción moral. Ni tenía para ello necesidad de ir a barrios bajos ni de sepultarse en antros nocturnos. Daba de manos a boca con ese espectáculo, en su propia pensión. “A la mesa me sienta con señoras de edad y señoritas. Todas ellas desenvueltas, alborotadas, frívolas, vulgares y aun groseras. Los jóvenes mucho peor: su conversación libre siempre versa sobre escándalos de París e indecentes representaciones. Palabra por palabra van repitiendo las conversaciones más soeces... Soy el único que guarda los ayunos y esto me ha convertido en el blanco de muchas burlas. ¡Qué molesto vivir en medio de esta sociedad!!!”

Volterianos, Fourieristas, Racionalistas, San Simonianos y otras muchas teorías anticristianas pululaban en la Universidad. Sólo el catolicismo no hacía acto de presencia ni siquiera se le daba beligerancia.

Si descendemos un poco de las aulas de la Universidad a las fábricas y barrios para tomar el pulso a la masa, a la que constituye numéricamente el sector más numeroso de la nación, las sombras son más densas quizás porque a la miseria moral se suma también la material.

Acción.- Nosotros los católicos tenemos la doctrina social más hermosa y el principio aglutinador más potente. Pero es lo cierto que esa doctrina no ejerce la debida influencia y la unión entre los católicos es muy débil. Maravillábase un prominente socialista español de que la Iglesia con un instrumento social tan excelente como el de su doctrina, se hubiera quedado prácticamente sin obreros; que con un principio de unión tan fuerte tropezara la coordinación con dificultades casi insuperables. Por eso damos sensación de debilidad y a veces de impotencia.

La situación, grave por su profundi-

dad y agresiva acción como la entrevista por Ozanam era para desanimar al más valiente. Muchos piensan no caer en ese abismo transformándose en sam-piternos quejumbrosos o llorones Jeremías. La reacción de Ozanam muestra el temple de su alma; tanto más cuanto que no puede ser hija ni de la ignorancia ni de la irreflexión. Dos características presentaba para él el mal; su amplitud y gravedad. No había más que un remedio: ACCION, inmediata y profunda.

Pero antes de enfocar la solución conviene tener en cuenta algunas ideas. Y es la primera que la historia no se repite; que la historia avanza y que sin duda en muchos aspectos hay etapas definitivamente superadas. Con qué claridad expone a los 22 años, en un bello ensayo, una idea que había de ser como tema de constante elucubración: “El Progreso por el Cristianismo”. “Por ir los hombres pasando por un mundo finito donde todo es aparente y sucesivo, por hallarse en circunstancias diferentes, según los tiempos y por el constante desarrollo de su misión, la acción de sus facultades y de sus obras nacidas de ellas deben ser diversas y progresivas”. No debe haber estancamiento ni una tradición petrificada ni personajes momificados. Por lo tanto no podemos pensar en retrógrados ni estar adheridos férreamente al pasado o a un statu-quo: “porque estamos acostumbrados a vivir del abuso, a considerar prácticas malas como tradiciones inviolables y a medir el bien público con la medida del bien propio y egoísta”.

En las normas que nos da Ozanam debe aplicarse este mismo principio. Hoy algunas de sus soluciones no suenan gratas a nuestros oídos, porque acudir a la limosna, a la resignación y a la benevolencia mutua, es recordar palabras que con frecuencia han servido de mampara a sistemas de abierta injusticia. Sin embargo, debe tenerse en cuenta la época en que habla Ozanam, hace más de un siglo. Si tal cual solución suya no es aceptable por hallarnos en estados sociales más avanzados; si tal cual expresión disuena en nuestros oídos, debe conservarse lo fundamental, el principio que sugiere la solución y dicta la expresión; la idea y el espíritu que la anima.

Una imagen. A los ojos de Ozanam la sociedad aparece dividida prácticamente en dos grupos: el pauperismo y la aristocracia financiera. Los dos en violento estado psicológico. “El pauperismo arro-

llador, furioso, desesperado; la aristocracia insaciable y con entrañas endurecidas "Entre estas dos nubes cargadas está pronto a estallar el rayo": "una colisión cuyos horribles efectos nadie podría imaginar".

La acción social católica no puede estar ausente ni de mero espectador. Ozanam le señala su puesto que debe ocupar no como voluntario sino como soldado obligado a la lucha. Nuestro deber de cristianos es *interponernos* entre estos enemigos irreconciliables "los que nada tienen y los que tienen demasiado... debemos ser mediadores que puedan prevenir un choque de incalculables desastres, que se hagan escuchar en los dos campos, que lleven a unos la palabra de resignación y a otros la de misericordia y a todos la gran consigna de reconciliación y amor... que haga la caridad lo que la justicia sola no puede hacer".

Nada de ausentismos, nada de estériles lamentos ni de política de avestruz. Deben bajar al campo y ocupar su puesto entre los dos bandos enarbolando en alto la bandera de la paz. La táctica es difícil pero muy clara. Porque ese llamado a la caridad comenzará por enfriar en unos los hervores del odio con sus incriminaciones y amarguras hasta llegar a la resignación: palabra que aquí no tanto significa la plácida aceptación de un estado de cosas, por injusto que sea, cuanto la disposición del ánimo al perdón. Pero una acción simultánea irá reblandeciendo las entrañas endurecidas del capitalismo hasta darle sensibilidad y volverlo permeable a la misericordia. Y es evidente que esta bondad hará mucho más llevaderas y fáciles las cargas de la justicia.

Entre los efectos que el mismo Ozanam señala a la acción de estos "tránsfugas del bien" menciona el que "así se acostumbren a tratarse de nuevo como hermanos; que se comuniquen un poco de mutua caridad y esta caridad, paralizándolo, ahogando el egoísmo de las dos partes, disminuyendo cada día las antipatías, los dos campos levantarán sus tiendas, destruirán las barreras de prejuicios, arrojarán sus armas de cólera, marcharán el uno al encuentro del otro, no para combatirse sino para confundirse, abrazarse y formar un sólo redil".

Acción prudente.- Junto a la acción rápida debe ocupar su puesto la prudencia. Es decir, que se debe llegar al término justo, no por una revolución

sino por una evolución; evolución que no viva de atropelladas prisas, ni de paralizadoras pausas. El error fundamental de muchos consiste en su perturbadora impaciencia "en querer demasiado y demasiado a la vez; en dos años lo que tal vez pudiera ser obra de cincuenta".

Nadie en este punto puede acusar a Ozanam de mero soñador. Amante de la historia ha penetrado en el movimiento de las sociedades y así como ha descubierto y enunciado la ley del progreso, así reconoce que las revoluciones podrían conseguir sus fines mejor y más profundamente con una continua evolución. Por eso se desprende él de los fervores monárquicos para inclinarse decididamente a la democracia. Y comparando la situación del derrumbe del Imperio Romano y la invasión de los Bárbaros con la caída de los pocos y el advenimiento de las masas, cree que, ahora como entonces, la Iglesia se inclina hacia la democracia, porque es el sol que anuncia con su presencia nuevas etapas de la sociedad. Vale la pena de meditar esos párrafos, fijándose siempre en ellos en el tercio de la comparación"... La situación presente es parecida. El Papa ha visto por un lado la monarquía absoluta, respetable por sus recuerdos, pero perdida, como se pierden todos los poderes, por sus faltas, por el escándalo de sus costumbres, por la usurpación de los derechos de Dios, por sus abusos sobre las conciencias... Un gran cuerpo cuya alma se va retirando pero que aún le queda unida como a un moribundo, cuyos últimos días obliga a respetar a pesar de las inquietudes de los impacientes que se espantan de tanta resistencia... Ella (la Iglesia) se vuelve del lado de la democracia, de esta heroína salvaje, según el P. Ventura, del lado de los Bárbaros de los tiempos nuevos, cuyos instintos violentos y dureza de corazón no disimula. Pero ve en ellos, en primer lugar su gran Número, número infinito de almas que hay que reconquistar y salvar. Ve en ellos la pobreza que ama Dios, la pobreza que hace la fuerza, que no comercia ni con su sangre, ni con sus sudores a quien pertenece el porvenir. Por eso el Papado pasa al lado de los Bárbaros... Sacrifiquemos las repugnancias y los sentimientos para volvernos hacia esta democracia, hacia ese pueblo que no nos conoce... Pasemos al bando de los Bárbaros y sigamos a Pío IX".

En vista de algunas protestas y fal-

sas interpretaciones "con más fuerza afirmá sus ideas... Pasar al lado de los Bárbaros, es decir, del campo de los reyes, de los hombres de Estado de 1815, al pueblo. Al decir pasemos al bando de los Bárbaros pido que hagamos como El (el Papa); que nos ocupemos del pueblo con exceso de necesidades y penuria de derechos, que reclama una participación más completa en los asuntos públicos, garantías para el trabajo y contra la miseria; que tiene malos jefes, porque no acaba de hallar buenos".

Palabras proféticas. Nadie le puede tachar ni de retrógado ni de revolucionario. Para él esta trayectoria era clara como la luz del mediodía; era algo definitivo y sobre ello se debía edificar. "Si nada debemos esperar de estos Bárbaros estamos al fin del mundo; por consiguiente cortemos nuestras disputas".

Quien tome el pulso de los sucesos que se fueron desarrollando verá si el diagnóstico de Ozanam fue acertado. De haber seguido sus consejos con su acción; de no haberse empecinado en sostener y considerar determinadas formas de Gobierno como sustanciales al mantenimiento de la Iglesia, del Evangelio, del bienestar social, tal vez no hubiéramos presenciado la "Apostasia de las Masas".

Generosidad. Aquel su espíritu de caridad así como le dictaba la renuncia a ideas, tal vez muy queridas, como la monarquía, le llevaba también a considerar como razonables la existencia de diversos partidos y de diversas opiniones. Lo que se había de evitar es que la diferencia no degenerara en disputas, rivalidades, divisiones con menoscabo de la acción mancomunada en lo fundamental.

No cree que en la política hallarán solución los problemas del día. Lo que interesa es el espíritu que anima a la política. "En cuanto a las opiniones políticas, escribe a Falconnet, estamos de acuerdo; es decir, que como tú, yo querría la aniquilación del espíritu político

en aras del espíritu social. No niego ni rechazo ninguna combinación gubernamental; pero no las acepto sino como instrumentos para hacer a los hombres más felices y mejores..." Y en el fondo de todo gobierno pone como base la consagración al cargo y la abnegación, en pro de la comunidad; es decir, el sacrificio.

La supervivencia del socialismo. Hay un fenómeno por demás curioso. El sistema socialista que en el campo moral, jurídico, económico no tiene firme consistencia, sin embargo, perdura y va conquistando más adeptos. Los hechos están en abierta contradicción con los postulados de la ciencia. No hay que hacerse a la ilusión de que todo ello se derrumbe espontáneamente, como sistema basado en un capricho o en un absurdo. En torno de esta idea discurre así Ozanam:

"Para que una opinión falsa resista tantos siglos a la autoridad de los anátemas, al rigor de las leyes, a la superioridad de las armas, es necesario que tenga sus raíces en la naturaleza humana, en sus llagas más profundas y más dignas de compasión. Cuando una cuestión siempre resuelta por la teología, por la filosofía, por la jurisprudencia, siempre vuelve a retoñar y se presenta en el umbral de cada revolución, amedrentando a los débiles y preocupando a los fuertes, no hay derecho a tratarla con lijereza ni a pensar que su solución está en encarcelar a unos cuantos alborotadores. Hay que acercarse con el respeto debido a los grandes problemas de que se sirve la Providencia para tener a las sociedades en continuo esfuerzo y lanzarlas sobre la ruta del progreso donde no cabe reposo".

Los problemas humanos radican en el alma humana y, aunque en apariencia sean económicos o jurídicos, viven sus raíces en estratos más profundos. Mientras a ellos no se llegue, la solución será precaria. Por eso insistía tanto Ozanam sobre la reforma individual y en el entrenamiento de una vida austera. "Con austeridad de costumbres es

necesario ponerse a la altura de los formidables sucesos que se avecinan. Y puesto que hay que formar caracteres en consonancia con el porvenir, fórjen-se con severidad. Sólo así seremos fuertes y dejemos a la Providencia que nos dé la ocasión de ser un pueblo glorioso”.

Esa abnegación que pide a los que tienen la rienda de los pueblos; esa austeridad que va moldeando a los individuos, para él no tiene límites; debe llegar hasta el martirio. Su corazón se dilata ante el panorama social y el papel que al católico verdadero le está reservado. Ante el herido debe ser el Buen Samaritano y esta vocación sublime realizada en su plenitud se asemeja mucho al martirio. “Porque ser mártir, dice, es posible a todos los cristianos; ser mártir es dar su vida por Dios y sus hermanos; es dar su vida en sacrificio, bien se consuma de un golpe como el holocausto, bien se prolongue indefinidamente, como los perfumes día y noche sobre el altar; ser mártir es dar al cielo y a la tierra, todo lo que se ha recibido; su oro, su sangre, su alma entera. Esta ofrenda está en nuestras manos; este sacrificio lo podemos hacer. Es de nuestra elec-

ción el altar en que deba consumarse; si al pie del ídolo del egoísmo o en el santuario de Dios y la humanidad”.

Suena en estas palabras retóricas el eco de un alma joven y entusiasta pero franca y sincera puesto que él llegó a ser la realización de ese prodigioso plan. El murió al servicio de la causa, agotándose por ella. Para quienes piensan que ese ideal es exagerado y que no es posible escalar estas alturas, él les señala un medio muy sencillo y que puede ser de influencia decisiva.

“Repitámoslo, dice, en voz alta: nuestras Conferencias se ocupan de la más interesante de las cuestiones modernas. Sintiendo deber suyo llevar a ella una mano bienhechora, ellas se esfuerzan por extinguir los fatales resentimientos del pobre contra el rico y de impedir que la sociedad se divida en dos campos: el campo de los que tienen y el campo de los que nada tienen”.

Y sin duda participaba de estas ideas Pío XI, al afirmar que “las Conferencias de San Vicente de Paúl son:

- a) la Obra de actualidad por excelencia;
- b) la Obra de las grandes reconciliaciones sociales”.

VICTOR IRIARTE, S. J.

